

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 0211-2337

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.81457>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Forte, Juan Manuel y Sánchez Madrid, Nuria (coords.), Precariedad, exclusión, marginalidad. Una historia conceptual de la pobreza, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022.

La pobreza no ha sido, desde luego, uno de los temas sobre los que más se ha prodigado la tradición filosófica. Con honrosas excepciones, que el lector encontrará convenientemente tratadas en el volumen colectivo que aquí presentamos, pareciera que la filosofía se ha desentendido de la problemática de la exclusión social, relegándola al campo de las ciencias sociales. Estaríamos, por tanto, ante un ejemplo palmario de la secular ceguera con respecto a la realidad histórica que ha aquejado al pensamiento filosófico desde sus albores. Dicha ceguera, nefasta ya en términos generales, se hace más intolerable si cabe cuando hablamos de la pobreza, dado que en ella, sea como fuere que la abordemos, es absolutamente imposible disociar la dimensión *descriptiva* de la dimensión *normativa*; no podemos reconstruir su genealogía y analizar cómo opera dentro del cuerpo social sin al mismo tiempo tomar algún tipo de posición moral al respecto. Resulta evidente, por tanto, la necesidad de introducir una perspectiva filosófica a la hora de emprender un recorrido histórico sobre las percepciones sociales y los usos ideológicos de la pobreza como el que se nos ofrece en el libro.

Así, pues, el subtítulo elegido (“Una historia conceptual de la pobreza”) es de una notable pertinencia, pues, no en vano, el proyecto intelectual del que se hace eco, a saber, el forjado por el filósofo e historiador alemán Reinhart Koselleck y su círculo de colaboradores durante la segunda mitad del pasado siglo, fue sin duda uno de los más logrados intentos de alcanzar lo que estamos sugiriendo: un enfoque histórico que problematice su objeto de estudio y trascienda el fetichismo de los nudos hechos positivos, conjugado con una reflexión filosófica sociológicamente informada, dispuesta a descender de la atalaya de la especulación al barro de la historia; o dicho de otra manera, empleando una bien conocida expresión koselleckiana, un enfoque histórico-epistemológico para el cual los “conceptos” sean tanto *índices* como *factores* de los procesos históricos, esto es, para el cual los conceptos no sean construcciones autosuficientes y que reposen sobre sí mismos, ni tampoco meros “reflejos” inertes de ciertas estructuras sociales supuestamente “reales”. En relación a la cuestión que nos ocupa, dicha imbricación entre la indicialidad y la causalidad históricas se manifiesta con meridiana claridad: todo lo que en la historia se ha *dicho* acerca de los pobres ha condicionado inequívocamente (y ha estado condicionado por) lo que se ha *hecho* con ellos, no menos que por lo que *ellos mismos*, a pesar de silenciamiento al que constitutivamente está sometido el subalterno, han dicho y hecho.

Por otra parte, además de por aplicar sabiamente los presupuestos teóricos de la historia conceptual al estudio de la pobreza, hay que aplaudir este libro por su deliberada incidencia en algunos de los mayores desafíos a los que se hallan enfrentadas las sociedades contemporáneas. Querría matizar que ello es así no solo en el bloque de textos, el segundo, que está explícitamente dedicado al s. XX y lo que llevamos de s. XXI, sino también, aunque de manera más oblicua, en los trabajos sobre el mundo antiguo y medieval. En ese sentido, la óptica del volumen busca *leer el pasado*, naturalmente con el requerido rigor historiográfico y filológico, pero *desde el presente*, del mismo modo que busca *leer el presente*, pero *desde el pasado*, desenterrando el hilo que une las fracturas y las tensiones que atraviesan nuestra contemporaneidad con la larga y conflictiva historia evolutiva de la cultura occidental.

Pues bien, ¿cómo lo consigue? ¿Cómo conectar a los filósofos cínicos, a los franciscanos, a los humanistas, a las primeras generaciones de reformados luteranos y calvinistas, la novela picaresca, entre otras figuras históricas, con el “precarizado” que ha surgido como consecuencia de la desregulación neoliberal de las relaciones laborales? A mi juicio, de una lectura de conjunto de la obra, se seguiría la siguiente respuesta: solo podremos dar cuenta satisfactoriamente de fenómenos socio-históricos tan heteróclitos, así como de interpretaciones sobre los mismos no menos dispares, tomando como clave hermenéutica la categoría de la *ambivalencia*, y reparando en la manera específica como el capitalismo moderno declinará dicha ambivalencia. Ciertamente, hemos identificado como uno de los consensos básicos de todo el libro la constatación de la cesura histórica que representa el surgimiento del capitalismo dentro de una historia conceptual de la pobreza. Consenso que, hay que advertirlo, no va en detrimento de la pluralidad de enfoques, pues, afortunadamente, sobre ese mismo hecho acerca del que se da el consenso el lector conocerá muy diversas y mutuamente enriquecedoras valoraciones.

Por así decirlo, en las sociedades occidentales precapitalistas la percepción social de la pobreza era *abiertamente* ambivalente. Quiere esto decir que las élites culturales debían elaborar discursos para legitimar una situación que se estimaba inerradicable. Por lo tanto, las asperezas y dificultades que son consustanciales a la existencia indigente tenían que encontrar algún tipo de *sentido*. El trabajo de Cristina Catalina nos sitúa sobre la senda adecuada para una cabal comprensión de tal ambivalencia al poner el acento sobre ciertos aspectos fundamentales de la teología

cristiana: la pobreza es objetiva e intramundamente un *mal*, pero escatológica y soteriológicamente un *bien*. Del único ensayo sobre el mundo precristiano (a saber, el de Ignacio Pajón) podemos aprender, por contraste, en qué consistió la transformación de la mirada cristiana (mucho más ambivalente, como decimos) sobre la pobreza. En efecto, la rebelión contestataria cínica hizo de la pobreza un desafío al orden social helenístico, preludiando en verdad toda la amplia gama de “contraculturas” que proliferarán en la Europa de los ss. XIX y XX como reacción a la homogeneización existencial inducida por el avance imparable de la modernización capitalista. Sin ir más lejos, tenemos excelentes muestras de esos ecos cínicos en el mundo contemporáneo en la interpretación que del expresionismo alemán nos brinda Carmen Gómez, y en la lectura que Jordi Maiso nos propone de la reivindicación apasionada de los campesinos y el lumpen que Pier Paolo Pasolini realizó en el contexto de la Italia del “milagro económico” de posguerra. *Mutatis mutandis*, podría incorporarse a esta lista la figura arendtiana del “paria”, en tanto que punto de fuga de las identidades nacionales modernas y representación de lo puramente humano mutilado por ellas, cosa que expone en su capítulo Linda Maeding.

Ahora bien, ¿qué es lo que los cínicos, tanto antiguos como modernos, no captaron? Pues ni más ni menos que la resignificación cristiana del *trabajo*, sin la cual no se puede entender la ambivalencia de la pobreza de la que estamos hablando. Para esos cínicos, antiguos y modernos, la pobreza es *unívocamente* un bien, en tanto que inversión (o casi habría que decir *subversión*) especular de la visión específicamente precristiana del trabajo, a saber, la que afirma que el trabajo es *unívocamente* un mal. Desde la mentalidad cristiana todo se complica, pues tanto la pobreza como el trabajo son intrínsecamente ambivalentes: el trabajo es tanto pena del pecado original cuanto instrumento –al menos incoativo– de la redención (momento benedictino); la pobreza es una desgracia que infunde conmisericordia, pero que a la vez está envuelta en un halo de santidad (momento franciscano).

Tal ambivalencia dio lugar, naturalmente, a innumerables abusos y desmanes. Pocas estrategias retóricas más eficaces pueden pensarse para mantener a las clases populares en su subalternidad que esta de la “altísima pobreza”. En la proto-Modernidad, lo cual es tanto como decir en el proto-capitalismo, dicha estrategia retórica fue combatida con dureza, tanto en el primer humanismo italiano, bien documentado en el capítulo de Juan Varela-Portas, como en el mundo hispánico, al cual podemos acceder desde la semblanza que de nuestro incomparable Juan Luis Vives dibuja José Luis Villacañas y desde la lectura de la novela picaresca efectuada por Claudia Delgado. El punto de colisión entre la exaltación católica de la pobreza y su denigración como lacra social en el protestantismo es el nervio mismo, por otro lado, del texto de Juan Manuel Forte.

De los textos recién citados se colige nítidamente que ni la naciente racionalización capitalista ni la paralela racionalización administrativa del Estado moderno podían permitirse la ambivalencia expresada sobre la pobreza que habría caracterizado el mundo medieval. De hecho, en las ideologías estatales y corporativas explícitas, la pobreza pasa a ser algo así como el “mal radical” social, aquello que, sobre todo lo demás, una gestión eficiente de las poblaciones ha de eliminar prioritariamente. Ya sea desde una visión más pragmático-malthusiana, como para el caso francés nos muestra Gonzalo Velasco, ya sea desde una denuncia política como la elaborada por Marx, y que Luis Alegre vincula a su noción republicana de libertad, todos los discursos políticos modernos, los escorados a la izquierda no menos que los escorados a la derecha, entienden que la pobreza es unívocamente un mal.

¿Qué nos autoriza, por tanto, a sostener que la concepción moderna de la pobreza sigue siendo ambivalente? A nivel discursivo, efectivamente, no queda ni rastro de la vieja ambivalencia medieval. Si algo pervive de esta, es en un plano puramente fáctico: en el debate público, nadie quiere ni idealiza la pobreza. Habría que exceptuar, evidentemente, los discursos neo-cínicos mencionados arriba, pero estos, por haber pretendido ser “contraculturales”, nos revelan justamente que la ideología hegemónica moderna es la contraria, la que denigra la pobreza. La esfera pública *mainstream* nada sabe de tales “extravagancias” de artistas e intelectuales. Así, pues, nadie quiere la pobreza, pero la pobreza se empeña obstinadamente en existir. Esto fue obvio para las generaciones que vivieron la traumática industrialización repentina de los ss. XVIII y XIX, pero el lapso de paz social que supuso el pacto interclasista sobre el que se fundó el mundo keynesiano-fordista del *Welfare* de posguerra pareció haber ocultado aquella incómoda verdad. Todas las contribuciones del último apartado del libro buscan cartografiar el desmoronamiento de ese pacto social, centrándose respectivamente en la perversidad del discurso meritocrático neoliberal, como hace Noelia Bueno, en la brecha de género que tal discurso no ha hecho más que ahondar, como demuestra Clara Navarro, y en sus repercusiones en el ámbito de la construcción de la experiencia y de la salud mental, como explora Lorena Acosta. Tras el derrumbe de los horizontes redistributivos e igualitarios del Estado de Bienestar, la pobreza se ha hecho un problema social cada vez más acuciante, y cada vez más perentoria es también, por consiguiente, la creación de “espacios de resistencia social” como los que nos narra en su texto Nuria Sánchez.

Una sociedad para la que la pobreza supuestamente es una lacra, y que está diseñada en cambio para producir desigualdades cada vez más agudizadas, no es una sociedad creíble. La crisis general de legitimidad que padecen nuestras sociedades tiene indudablemente que ver con esto, y el libro a cuya lectura invitamos constituye un recurso muy valioso para comprender el verdadero calado de dicha crisis, así como para imaginar posibles vías para salir de ella.

Eugenio Muinelo Paz

emuinelo@ucm.es

Universidad Complutense de Madrid

ORCID: [0000-0002-2203-5584](https://orcid.org/0000-0002-2203-5584)